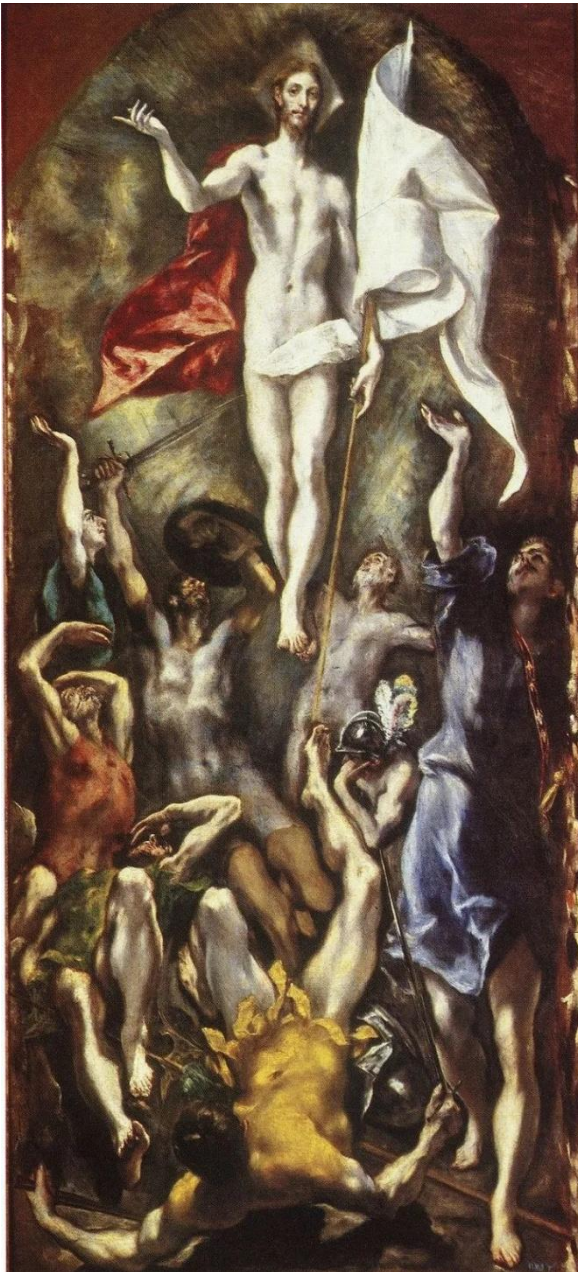


Domingo de Pascua: ¡Verdaderamente resucitó el Señor!

La celebración de la Pascua se refiere a un acontecimiento real y verdadero: la Resurrección del Señor. Los evangelios relatan la Pascua con la misma conciencia de estar testimoniando hechos reales que cuando relatan la vida y muerte de Jesús. Nos dicen que Jesús realmente murió en la cruz y que su cuerpo fue depositado en un sepulcro, pero que al tercer día encontraron la tumba vacía y luego Jesús les salió al encuentro, nuevamente vivo. Al mismo tiempo, nos aclaran que Jesús resucitado era y no era como lo habían conocido antes, un signo importante de la honestidad y sentido de responsabilidad con los que relatan su experiencia: la resurrección de Jesús no es simplemente un retorno a la vida de este mundo (una “resucitación”, sino el paso (Pascua) a la vida de Dios, liberada de los límites de nuestra condición mortal.



El Greco, *Resurrección*. Museo del Prado

Estos son los hechos que nos han transmitido los apóstoles. Sin embargo, hoy vemos una tendencia a interpretar la Pascua como un relato meramente poético o simbólico, la expresión metafórica de alguna idea genérica y difusa como “la vida triunfa sobre la muerte”, “hay que abrirse a la esperanza” o “el amor vence al odio”. San Pablo decía que, si no creemos que Cristo resucitó, es vana nuestra fe. Sin embargo, aun dentro de la Iglesia es posible percibir hoy una especie pudor, de timidez, o quizás de falta de convicción, que impide anunciar claramente la verdad de la resurrección. De ahí que muchas veces se prefiera sustituir el anuncio pascual por alguna idea “razonable”, en la que cualquiera pueda asentir sin mayor dificultad.

En el libro de Javier Cercas *El loco de Dios*, este autor –siendo un ateo declarado– es invitado a acompañar al papa Francisco en su viaje apostólico a Mongolia y escribir un libro sobre dicha experiencia. Pero Cercas decide aceptar la propuesta con un objetivo más preciso. Su madre –viuda y católica ferviente– decía que cuando muriera vería nuevamente a su esposo, padre del escritor. Éste busca proponer a Francisco, personalmente, el interrogante sobre la vida eterna, y llevar a su madre la respuesta. ¿Es cierto que ella, tras la muerte, volverá a ver a su marido? ¿Es verdad lo que enseña la Iglesia acerca de una vida eterna, de la cual ésta es solo el pálido inicio?

A lo largo de su narración, el autor va planteando esta pregunta a las numerosas personas que entrevista, teólogos importantes, personas con altos cargos en el Vaticano, misioneros que habían entregado su vida generosamente al servicio de los demás... Nadie rechaza de plano la fe en la resurrección, pero todos reaccionan ante la pregunta con algún grado de perplejidad o incomodidad, y sus respuestas no resultan del todo satisfactorias. La expectativa va en aumento a cada paso, ¿cómo respondería el papa?

No adelantaremos el final del libro. Lo importante para nosotros es que, con motivo de la narración del viaje papal a Mongolia, el escritor expone, con su mirada de observador externo pero para nada desinteresado, nuestra dificultad para creer y profesar con plena seguridad y abiertamente nuestra fe en la resurrección, para dar respuesta al interrogante que asedia incluso el corazón de este no creyente. Todas las personas entrevistadas eran cristianos admirables, de un modo u otro, y no sería correcto poner en duda su sinceridad. Pero la idea de que, si amamos a Dios y al prójimo, podemos dejar de lado la resurrección del Señor como algo no tan relevante, es cuestionable.

Es posible que un creyente pueda “recostarse”, por así decirlo, en la fe de la Iglesia sin reflexionar personalmente sobre ella más allá de lo que sirva a sus necesidades más inmediatas y prácticas. Pero, inevitablemente, esa persona deberá encontrarse con el misterio y el escándalo de la muerte, la propia o la de otros, quizás “otros” amados profundamente, quizás los mismos que se consagra a servir. ¿Cómo evitar que en algún momento la necesidad de una respuesta se haga indispensable, una respuesta en la que se juega el sentido de la propia existencia y del mundo? Y si este tema es central para nosotros (incluso el más importante), ¿por qué no lo sería para los demás, creyentes o no? ¿Y por qué callar nuestra fe en la resurrección, por el prejuicio de que no nos entenderían? ¿Acaso los paganos de la época de Jesús estaban mejor predispuestos a creer que los paganos de hoy?

El mismo Cercas expone con claridad el carácter crucial de este tema, que trae a su pensamiento y a su conversación obsesivamente. Incluso atribuye a la promesa de la Iglesia su pervivencia, pese a todos sus defectos y pecados, a lo largo de los siglos. ¿Cómo es posible que alguien que se declara ateo tenga una visión tan clara sobre la trascendencia de este dogma, mientras los católicos, poco a poco, lo vamos silenciando? ¿No será que nos estamos mundanizando el mensaje evangélico, o que nos estamos haciendo menos sensible a los grandes interrogantes de la humanidad?

Un cristiano que ha decidido a conciencia prescindir de la fe en la resurrección de Jesús podrá seguir amando y sirviendo a sus hermanos, pero de hecho ya no será un cristiano, su fe ha quedado vacía (“vana”, dice San Pablo), y su amor y su servicio ya no serán participación del amor y servicio de Jesús. Pero creer que Jesús resucitó nos da un modo nuevo de ver la vida, porque ciertamente la muerte seguirá aquí hasta el fin de los tiempos, pero ya no será la fuerza suprema e inexorable que pronuncia la última palabra sobre nosotros. Y si la muerte ha sido vencida en su raíz, todo cambia. No hay nada que no quede transfigurado por la luz de la Pascua.

Por eso no tengamos miedo a proclamar, en voz alta, con toda seguridad y sin falsos pudores: “Verdaderamente ha resucitado el Señor”.

P. Gustavo Irrazábal